

Mexicanización de Colombia

MÉXICO ES UN GRAN PAÍS CON MUCHAS COSAS admirables. Pero su sistema político no es precisamente una de ellas. Paradójicamente, mientras allá tratan de sacudirse la tiranía de los políticos, aquí vamos de la mano del Gobierno hacia una acelerada mexicanización. Ya se ven aparecer en el horizonte nacional prácticamente todos los rasgos del modelo estatista, paternalista, autoritario y demagógico que dominó a México hasta hace muy

poco tiempo.

En estos dos años hemos pasado de un modelo que favorecía la iniciativa privada a un esquema donde el Estado se ha convertido en el centro de gravedad de la economía. El sector público pasó de representar aproximadamente el 25 por ciento del PIB a ubicarse cerca del 40 por ciento hoy en día. Así empezó México hasta que el gobierno se convirtió en el principal empleador, en el principal productor, en el amo y señor de la

vida económica del país.

Y como en el México de antes, al gobierno colombiano le tiene sin cuidado el crecimiento explosivo del déficit fiscal, porque al fin y al cabo habrá petróleo a rodo para financiarlo. Con el truco de gastarse por anticipado los hallazgos del crudo, se está montando hoy un Estado paternalista sin tener en cuenta que en el proceso se está minando aún más la debilitada economía real. La revaluación no es más que un síntoma de esa transición hacia una economía petrolizada.

A través de un gasto público asistencialista, la Red de Solidaridad, se crea la ilusión de que se están resolviendo problemas sociales, lo cual despierta algún grado de favorabilidad entre los sectores populares. Claro que no basta con que los políticos y el Estado regalen cosas o nombren gente para que se dé la mexicanización, se necesita un discurso populista y la complicidad de la burguesía sindical. Ambos requerimientos están bien cubiertos en el gabinete actual.

Los empresarios que nos va a dejar esta mexicanización no son los mismos empresarios de ahora, que producen café, flores o confecciones y que tienen que ser competitivos, productivos y eficientes. En esa nueva Colombia, los empresarios ya no van a volver a competir por los mercados, sino por los privilegios oficiales y los créditos subsidiados. Y los gremios ya no serán una fuerza de fiscalización,

sino un cómodo apéndice del Gobierno.

Pero el aspecto más importante de la mexicanización es la necesidad que tiene el régimen de perpetuarse en el poder por los siglos de los siglos y de escoger a dedo al sucesor presidencial. Eso es lo que precisamente se está fraguando en el Congreso con la reforma política y la nueva ley de televisión. De lo contrario, si dejan que opere plenamente la democracia, ellos saben que pueden terminar en la cárcel. Como les está pasando a los hermanos Salinas de Gortari.

Las reformas en curso —“reformas ad hoc” las llama Jaime Castro— no son más que un montaje para que las normas definan un proceso electoral sesgado a favor del candidato oficial en franco desmedro de las posibilidades de éxito de la oposición. La manipulación de la legislación electoral viene acompañada de la virtual expropiación, por vía de ley, de los medios electrónicos a los periodistas enemigos para entregarlos a los áulicos del régimen, lo que recorta la libertad de expresión y de prensa, tal como lo ha denunciado la SIP.

Aun cuando la mexicanización de Colombia avanza como una aplanadora, la sociedad civil está a tiempo de armar una sólida coalición capaz de trancar ese proceso. ☉

*Gabriel Silva Luján
de “El Tiempo”, Bogotá,
octubre 31/96*